

Carteles para la supervivencia en el primer mundo

San Sebastián, Mercado de La Brecha, 2003

En el mercado de la Brecha de San Sebastián cuelgan —por fuera—, desde el 24 de octubre, veinte carteles. Es la respuesta de grupos o personas bien dispares, habitualmente dedicadas a otras ocupaciones, a la invitación que en su día les formuló Okupgraf: elaborar un cartel en torno al lema “Carteles para la supervivencia en el primer mundo”. La convocatoria forma parte de la tercera edición de los encuentros bianuales que en torno a la gráfica organizan Mariano Arsuaga, Marian Larzabal, Pablo Donezar e Iñigo Royo. Concebida inicialmente como realización de un “kit de supervivencia en el primer mundo”, su planteamiento pretende ahondar en aspectos de la obra gráfica presentes desde el principio en el trabajo del grupo: la separación entre el arte y las vidas; la mitificación del saber técnico que la legitima; la correspondiente impotencia pasiva de receptores de unas imágenes que se sienten incapaces de crear, y el fetichismo de la obra singular, en esta era de una reproducibilidad técnica que los ordenadores han acrecentado substancialmente, entre otras cuestiones. Así, se invitó a realizarlos a personas o grupos que habitualmente se dedican a otras ocupaciones, y se mantiene abierta la convocatoria para cualquier interesado; los carteles están expuestos en el exterior de un centro comercial, en uno de los puntos más significativos de la vida ciudadana de San Sebastián; se han llevado a cabo con una calidad notable por medio de procedimientos al alcance de cualquier usuario de ordenador, y se contempla su difusión en formatos más pequeños y cuantiosos —calendarios o tarjetas—.



Como participante y como espectador, vaya por delante mi agradecimiento. Veinte años sin televisión no bastan para impedir que algún detritus de fantasías de cordel con pretensiones de diseño se cuelen en mi castigado cerebro, y se agradece encontrarse en una pared, al pasear, imágenes y palabras que tienen lo que todo publicista asalariado —de lujo— busca y arruina en el acto de buscarlo —a jornal y fecha impuestos—: una necesidad en la que se sustentan, de la que nacen y toman sentido. Una necesidad que, ausente en el objeto, constituye a éste en signo de lo que no hay; no de otra vida, sino de ésta vivida de otras maneras, con otras miradas, en otras palabras: arte.

Y viendo pasar a los viandantes, detenerse o no a contemplar u ojear tan sólo esos carteles, asomados tras un puesto de calabazas o asustados al borde de una puerta que da al abismal paraíso de las mercancías de lujo, vienen a continuación las preguntas. Las que sin duda también se hacen en Okupgraf: ¿basta insertar ausencias en una pared para insertarlas en una vida repleta, enferma de hartazgo?; ¿será el resultado práctico de cualquier intervención en el tiempo social descubrir a las hienas publicitarias nuevas hornacinas, santos más baratos y efectivos con que ganar indulgencias en el purgatorio o puntos en alguna tarjeta de consumidor?; ¿podrán participar en esta convocatoria los trabajadores de artes gráficas empleando para ello sus herramientas diarias, sus formatos, calidades, distribuidores y lugares de exposición habituales?; mientras no se alteren otras relaciones que definen lo real, qué es un “anuncio de verdad”, ¿hay otro desenlace concebible para estas propuestas que fundar Otromundo S.L. y tener derecho, entonces sí, a producir, anunciar y distribuir otra mercancía más, a saber, ilusión por vivir con otros?; ¿no existe ya el Vaticano?

Que este mundo tiene sus horas contadas, es obvio: basta mirar cualquier nómina. Como lo es que se acaban las líneas concedidas para el artículo, o los lienzos para los carteles, o los fines de semana para la vida. Me queda pues expresar lo que creo más valioso de esta convocatoria, a pesar de preguntarse todo lo anterior y muchas otras cosas: el haberse hecho. Dar testimonio, para cualquiera de los que nos preguntamos por ausencias parecidas, y desesperamos a menudo de no estar cazando fantasmas, de que no estamos solos. De que allá donde dos se reúnan en un nombre o imagen cualquiera, éste se encarna y se hace mundo. Y de que ése y no otro es el mensaje o la buena nueva de lo que siempre se ha llamado “arte”, entre otros nombres. • José Luis Arántegui